

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

Erase una vez un chico que conoció a una chica en una fiesta. Fue algo grandioso. Había tantos jóvenes persiguiendo su conquista ese día...Pero, al final de la fiesta el chico invitó a la chica a tomar un café.

La chica se sorprendió por la invitación del chico, ya que no llamó su atención durante la fiesta, pero aceptó con cortesía. Ellos se sentaron en una acogedora cafetería que había en la esquina. El joven estaba tan emocionado que no podía hablar, incluso los latidos de su corazón eran rapidísimos. Debido a esta situación, se perturbó la paz de la chica. Cuando se estaba preparando para decir "me voy" el chico de repente llamó al camarero.

- ¿Me puede traer un poco de sal? - preguntó el chico.

- Lo pondré en mi café – dijo a continuación.

Incluso desde las mesas de alrededor se observaban caras perplejas mirando al joven, mientras añadía sal a su café. El chico se sonrojó de vergüenza, pero echó sal en su café y empezó a beber.

-¿Tiene un sabor extraño? - preguntó la chica con curiosidad.

El chico respondió:

"Vivía junto al mar cuando era niño. Siempre jugaba en la orilla del mar. El agua salada del mar nunca salió de mi boca, crecí con ese gusto. Me encantaba ese sabor. Por eso, siempre que bebo café agrego una cucharada de sal. Siempre que siento este sabor salado en mi lengua; recuerdo mi infancia, mi familia, nuestra casa junto al mar, y soy feliz. Mi familia sigue viviendo en aquella casa junto a la playa. Los extraño mucho." (Mientras decía esto, los ojos del joven estaban húmedos).

La niña quedó impresionada y pensó... «Un hombre que sinceramente abre su corazón y extraña a su familia debe ser un hombre cariñoso y con sentido del hogar.»

Entonces, la chica empezó hablar y le contó que su hogar y su familia también estaban lejos, al igual que su infancia.

La conversación fue muy agradable, dulce y cálida. Y por supuesto, esa charla, fue el comienzo perfecto para una historia de amor. Siguieron saliendo y, como en toda bonita historia, la princesa se casó con el príncipe. Vivieron muy felices hasta el final, con la pequeña anécdota de que la mujer cada vez que preparaba un café a su marido, agregaba una cucharada de sal, ya que a él le encantaba.

Cuarenta años después, el hombre se despidió del mundo, dejando una carta a su amada esposa. En el sobre de aquella carta decía “Abrir después de mi muerte”.

En aquellas líneas escribió:

“Querida mía,

Por favor, perdóname. Perdóname por vivir toda nuestra vida en una mentira.

Solo te mentí una vez, mi vida. En el café salado.

¿Recuerdas el día que nos conocimos? Estaba tan emocionado y nervioso que cuando quería pedir azúcar, la palabra “sal” salió de mi boca.

Contigo y todos mirándome, me dio tanta vergüenza pedir al camarero que la cambiara que continué nuestra conversación con una mentira.

Nunca pensé que aquella mentira sería la base de nuestra relación.

Pensé en decirte la verdad una y otra vez, pero el miedo se apoderaba de mí. Ahora si estás leyendo esto, quiere decir que he muerto, y ya no debo sentir miedo de perderte.

Es una realidad que no me gusta el café salado, ya que tiene un sabor extraño. Pero bebí este café una y otra vez desde el momento en el que te conocí. Y sin arrepentimientos.

Estar contigo fue mi mayor felicidad y se la debo a ese café salado equivocado. Si volviera al mundo, querría revivirlo todo: volver a conocerte, pasar toda mi vida contigo y tomar café salado toda una segunda vida.”

Al leer esto, la anciana no sabía que decir, pero las lágrimas que salían de sus ojos eran tan evidentes y abundantes que mojaron la carta que dejó su marido antes de su muerte.

Al cabo del tiempo, en una cafetería, la anciana pidió un café salado en memoria de su difunto marido. Volvió a ser tan extraña aquella imagen, que el camarero sorprendido, le preguntó:

-¿Cómo está ese café salado?

-¡Muy dulce! - respondió la anciana con lágrimas en los ojos.